

## CRÓNICA DE UN PROYECTO SOLIDARIO (II)



Las mujeres del hospital de Nadjundi recogen comida para alimentar a sus hijos. / ANTONIO ARAGÓN

# El Vinalopó apuesta por Togo

El Hospital de Nadjundi, con ayuda del Rotary Club de Elda, trata de reducir la proliferación del Sida en la zona

# El Vinalopó apuesta por Togo

El Hospital de Nadjundi, con ayuda del Rotary Club de Elda, trata de reducir la proliferación del Sida en la zona

CRISTINA SÁNCHEZ  
ALICANTE.— Abandonada de la mano de Dios, o al menos de sus representantes en la tierra, se encuentra la maternidad de Nadjundi, un centro sanitario regentado por una pequeña congregación de hermanas, en su mayoría de color, bajo la dirección de Pilar, una religiosa española, diplomada en la escuela de enfermería de San Francisco de Asís. Pilar cuenta con apoyo del Rotary Club de Elda en su particular cruzada. Cuando estudiaba ni siquiera ella era consciente de lo que daría de sí ese título. Primero con 17 años en Níger y más tarde, 14 en Togo.

Naojundi es un hospital al aire libre, como casi todo en África, que cuenta con un dispensario para consultas externas y realización de análisis de enfermedades infecciosas, como el Sida; un paritorio con matrona incluida. Todo un lujo por estos lugares, confesaba Pilar. Además, hay varios departamentos más para acoger a niños desnutridos y prematuros, de una sala de alfabetización, educación nutricional y cocinas. En África se dice que donde va la sogá va el caldero y junto a la madres permanecen el grueso de hijos concebidos, 4 ó 5 de media, dice la misionera. Estos niños son alimentados por las hermanas.

El prestigio de la maternidad llega a zonas muy remotas, como el centro de Níger, desde donde acuden las mujeres peuhl, nómadas africanas, a dar a luz.



La religiosa atiende a un pequeño niño. / CRISTINA SÁNCHEZ

«Esto es un refugio para los más pobres donde la Iglesia no está presente», señala la religiosa.

Allí, enferma, con un nuevo contagio de paludismo, no deja que la «subida» en forma de mareo inminente la detenga más de 10 minutos y, tras un trago de agua, se dispone a enseñarnos el recinto irradiando sensibilidad y coraje, y haciendo gala de una sabiduría acumulada a lo largo de los años. Pilar es una plegaria en medio de África.

La hermana, que asegura que en el 2006 pasaron por el centro 1.050 niños, y que en el momento de nuestra visita se encontraban ingresados 190, además de los 200 o 300 pacientes que pasan al día por la consulta, denunciaba la escasa medicación reci-

bida contra el Sida «a causa de un bloqueo de Naciones Unidas contra el anterior presidente». La española, nacida en Burgos, recuerda lo que ocurrió en Burkina Faso con un nuevo caso de polio, en teoría atajado, pero debido a un fraude «las vacunas prescritas contenían agua, no eran más que agua: nadie se mata por sacar adelante una vacuna solo para negros».

A pesar de ello, la hermana confirma que el laboratorio funciona incansable realizando análisis para detectar el virus, la tuberculosis o los parásitos intestinales. Una unidad a domicilio realiza viajes a las aldeas, regular-

mente, con el fin de reducir la incidencia del VIH/Sida, que sitúa en un 3% o 4%, «menor que en ciudades del sur como Lomé», puntualizó. Unas cifras con las que sin duda tiene que ver la insistencia de la hermana enfermera que se obstina en llevar a cabo el protocolo con retrovirus durante ocho meses para saber si se ha rechazado el mal. Lo que ocurre la mayoría de las veces, «menos en alguna ocasión en la que las madres se niegan a que se siga el protocolo», confiesa tristemente.

Casi siempre es una cuestión de fe o de confianza. Sin embargo Pilar no se rinde ante la adversidad ni se repliega ante costumbre ancestral alguna y trata de alfabetizar a las mujeres.